

batalla campal cerca de Deir-el-Akul, á orillas del Tigris, por Muwafak, el regente del califato, en el año 262 (876). No obstante este descalabro, continuó Safar impertérrito la lucha bajo auspicios siempre mas desgraciados, porque el sagaz regente había procurado con suma actividad suscitar á sus espaldas enemigos en todas partes. Así en el Corasan, en el año 261 (875), se levantaron en armas los partidarios de la dinastía caída acaudillados por el hermano de Mohammed Ibn Tahir, mas enérgico que éste. Al mismo tiempo el samanida Nasr Ibn Ahmed recibió de Bagdad la confirmación del cargo de gobernador de Samarcanda, con lo cual quedó creado al Nordeste del imperio de Safar un estado rival de éste, conforme se vió cuando al cabo de unos diez años Nasr hubo vencido las primeras dificultades y arreglado las cuestiones suscitadas entre él y su hermano Ismael, emir de Bokhara. Entre los samanidas y los sublevados del Corasan existieron desde el primer día relaciones muy amistosas, y así estos últimos estaban asegurados por la espalda y podían dirigir todas sus fuerzas contra Safar. La desorganización llegó finalmente á tal extremo, que cualquier jefe que disponía de algunos miles de hombres se hacía dueño de una comarca con pretexto de luchar ya por un descendiente de Tahir, ya por el califa. A la multitud de estos jefes de facciones se agregó Hasan el alida, y muerto éste en el año 270 (884), su hermano Mohammed, que complicaron, como amigos del uno y enemigos del otro, la situación. Era aquella una guerra de todos contra todos, y cuando Safar, el gran capitán que todo lo había trastornado en aquellos países, antes tan prósperos y felices, murió de enfermedad el 4 de junio de 879 en Gondeschapur, ocupado hasta el último momento en proyectos contra el califato, había llegado la confusión á su colmo y parecía imposible poder jamás restablecer el orden y la calma. A pesar de este estado desesperado de la situación general, no se amilanó Amr Ibn el-Leith, hermano y sucesor de Safar, del cual los historiadores ensalzan el gran talento para conocer y tratar á los hombres. Había abandonado su industria de alquilar borricos, y lo mismo había hecho su hermano Alí, cuando el otro hermano, el calderero, había llegado á ser jefe de una respetable hueste. El no haber mostrado antes estas cualidades eminentes fué quizás efecto de celos y desconfianza del hermano mayor, que no quería crearse competidores en su misma familia, porque se sabe que las relaciones entre Alí y Amr no fueron en el último tiempo muy amistosas. Amr resistió 23 años en circunstancias difícilísimas á todos los embates con tanto valor como habilidad, y varias veces logró restablecer, á lo menos por algun tiempo, todo el imperio de su hermano. Su primer golpe maestro, tan pronto como el ejército le hubo reconocido por emir, fué su sumisión solemne al regente Muwafak, asegurándose así la sucesión oficial en los grandes feudos del Corasan, Sind, Sedyestan, Kirman, Ispahan y Fars. En esta última provincia, como ya sabemos, su poder fué al principio mas nominal que real, pero en el Este logró restablecer y robustecer su autoridad por la habilidad con que supo sembrar la discordia entre los diferentes rebeldes y atraerse á uno de ellos. En 268 (881-882) restableció su dominio en Fars y una parte del Chusistan; pero la situación, tan favorable para él, cambió cuando Muwafak hubo aniquilado en el año 270 (883) á los sinds, recobrando de este modo su libertad de acción. Entonces intimó á Amr la evacuación del Farsistan y del Corasan y le mandó entregar el gobierno de este último país á Mohammed Ibn Tahir. No queriendo obedecer Amr, marchó contra él un ejército del califa en el año 271 (884), y tres años después, en 274 (887), el mismo ejército acaudillado por Muwafak le expulsó de las dos provincias.

Entretanto, en 271 (884) y en nombre de Mohammed Ibn Tahir, que continuaba en Bagdad, se había apoderado de todo el Corasan uno de los emires, llamado Rafi Ibn Harthama, que se disputaban aquel país á la sombra de la bandera de uno ú otro pretendiente ausente, y Mohammed Ibn Tahir volvió á ser gobernador legítimo, pero sin abandonar su residencia en Bagdad, gobernando el Corasan en su nombre el emir Rafi. Este, considerándose dueño absoluto, extendió en 277 (890) su dominio sobre el Tabaristan, de donde arrojó al descendiente de Alí, Mohammed Ibn Seid, y no contento con este aumento de poder, quiso también incorporar á su emirato la Media en 279 (892). Esta codicia indignó al nuevo califa, Mótadid, que entonces acababa de empuñar las riendas del gobierno, y que siendo hombre decidido y enérgico destituyó sin consideración á Mohammed Ibn Tahir y á su representante Rafi, investiendo del gobierno del Corasan á Amr, que no se hizo de rogar para aceptarlo y que á la sazón era solo señor del Sedyestan y del Kirman. Mohammed, el descendiente de Alí, se mezcló en los sucesos, Rafi no quiso conformarse, y después de varias peripecias fué asesinado en 17 de noviembre de 896 (7 de Schawwal del año 279), siendo el resultado que Amr quedó dueño no solamente del Corasan sino también del Tabaristan. Pero esto no hizo mas que aguzar su apetito, y concibió la funesta idea de apoderarse también de la Transoxania, donde había muerto en 279 (893) el samanida Nasr, cuyo hermano y sucesor Ismael era hombre belicoso. Ismael rechazó el ejército enviado por Amr contra Bokhara y sorprendió, derrotó é hizo prisionero á éste cerca de Balh, donde estaba reuniendo fuerzas para conducirlas en persona al otro lado del Oxo. Esto sucedió en el mes de Rabí I de 287 (marzo de 900). Ismael aprovechó su victoria: ocupó todo el país entre Balh y Nischapur, marchó luego contra Mohammed, descendiente de Alí, que fué muerto, y conquistó á Gorgan y el Tabaristan. La mayor parte del imperio reunido por Alí y el Safar quedó con esto incorporada al imperio de los príncipes samanidas. Amr fué conducido á Bagdad en 288 (901), donde poco después de la muerte del califa Mótadid, ocurrida en 889 (902), fué degollado en la cárcel. Ni Tahir ni su tío, Leith Ibn Alí, que le quiso suplantar en el emirato, eran hombres de las cualidades de Safar y de Amr, y después de muchas turbulencias, provocadas por otros miembros de la familia, ocupó el país en 298 (911) el samanida Ahmed Ibn Ismael, sucesor de su padre, que había muerto el 15 de Safar de 295 (25 de noviembre de 907). Dos años después levantó una facción un sobrino de Tahir llamado Amr Ibn Yacub, pero fué derrotado y hecho prisionero á fines del año 300 (mediados de 913). Este fué el fin de la dinastía fundada por Yacub Ibn Leith, el Safar. Posteriormente, en tiempo de los gaznevidas, hicieron hablar de sí algunos individuos que pretendían ser descendientes de esta familia, pero no llegaron á adquirir importancia.

CAPITULO III

LOS SAMANIDAS Y LOS BUWEIHIDAS

Yacub el Safar había sido con sus expediciones y guerras de pillaje una terrible calamidad para mas de la mitad de los territorios persas; el único resultado útil que de tantas desgracias sacó el país, resultado que contribuyó mucho á desenvolver su nacionalidad, fué su separación completa del califato, cosa que los tahiritas no habían acertado ni á comprender ni á realizar. Acaso los califas abasidas habrían recobrado el antiguo y perdido dominio en aquella región de su dilatado imperio, después de la caída de la dinastía fundada por Yacub el Safar, si la brillante carrera que tomaron

desde la muerte de Mótadid no hubiese quedado cortada súbitamente con el fallecimiento prematuro de Múktafi en el año 295 (908). Los repetidos esfuerzos que el emir el-omará Munis, en el miserable reinado de Móktadir, hizo para conservar la Media, el Kirman y el Farsistan bajo el dominio directo del califa, solo tuvieron éxito pasajero, y mas allá del Kirman ni siquiera había probabilidad de adelantar, como lo probó la última y débil tentativa hecha desde el Sedyestan en 301 (914), porque los karmatas, sadschidas y hamdanidas no cesaban de desacreditar y despreciar al poder central á medida que se iba debilitando. Todo el Oriente quedó abandonado á la ambición de los príncipes de la familia de Saman, y aunque jamás dejaron éstos de reconocer la alta soberanía de los califas de Bagdad, y de acuñar monedas con su nombre, en realidad reinaron enteramente independientes desde el verdadero fundador de la dinastía, el enérgico Ismael Ibn Ahmed, que reinó desde 279 hasta 295 (desde 893 hasta 907), y muy particularmente desde la prisión de Amr, el nieto de Yacub el Safar, tanto que ni remotamente les ocurrió la idea de pagar tributo á los califas ni de prestarles el menor auxilio para salvar su poder temporal, que iba desapareciendo por momentos.

Ahora bien, teniendo presente que el imperio de los samanidas abarcaba, además de la Transoxania, los emiratos de Balh y Herat (1), el Sedyestan, el Corasan, Gorgan, Tabaristan y Rei ó sea la Media septentrional, y que los emires gobernadores de Ispahan, Kirman y Fars, jamás cesaban en su política de sacudir la decadente autoridad de los califas, se ve que la ocasión no podía ser mas propicia para reunir todas las provincias persas en un solo imperio en que predominara la nacionalidad persa. Pero la constitución de semejante potencia no ocurrió entonces á nadie, ni el pueblo persa mostró en todo el siglo siguiente la menor aptitud para realizar la fundación de un Estado dotado de vitalidad y estabilidad que comprendiera á todos los pueblos pertenecientes al mismo tronco establecidos desde Bokhara hasta Chiraz. Esto se explica, como hemos expuesto al principio de este libro, por la falta de perseverancia y de espíritu colectivo de la raza, y por la carencia de un interés comun como el religioso, que entonces apenas empezaba á desarrollarse bajo la forma del siismo. En algunas partes, particularmente en las provincias del mar Caspio, desde un principio hostiles á los abasidas y amantes de su libertad, se inclinaba á favorecer á los descendientes de Alí; en otras partes se equilibraban los ortodoxos con los siitas ó no habían formado siquiera campos separados, de modo que faltaba todavía mucho para que el lazo religioso particularista abarcara todas las clases del pueblo y tuviera la fuerza necesaria para unirlos en un solo haz, como mas adelante en tiempo de los sofíes (2), reemplazando al sentimiento de la independencia y unidad de la patria. En las condiciones dadas en la época de que tratamos, solo un monarca de gran talento, conquistador y organizador, habría podido formar un imperio persa imponiendo la unión á la fuerza; en aquellas circunstancias no existía semejante monarca en Persia; todas las fuerzas vivas de la nación se malgastaron en guerras pequeñas sin mas objeto que crear, conservar, destruir y aumentar siempre nuevos Estados particulares, y contra esta corriente fatal nada pudieron los samanidas, que, sin embargo, no eran una raza inepta, como lo demostraron en todo el largo tiempo de su reinado, desde 287 (900) hasta 389 (999). El rasgo mas característico de esta familia eran la bondad y la tolerancia, como lo escribió un súbdito

suyo poco antes de su ruina: «La índole de la casa de Saman está penetrada de benevolencia y de generosidad; el tolerar y perdonar faltas de sus servidores es costumbre antigua en esta familia (3).» En efecto, obsérvese en la política de los samanidas la constante tendencia á proteger con la mayor amplitud posible los intereses divergentes de las diferentes comarcas de sus dominios como los de las distintas clases de la población, y hasta los deseos y tendencias particulares de los individuos. Diffícilmente habríase encontrado en todo el Oriente de la Edad media la tolerancia religiosa de los samanidas. En su corte, que se reconocía vasalla de los abasidas, pudieron cantar El-Kisa'i, poeta natural de Merw, á Alí y á los doce imanes, y otro poeta, Dakiki de Tus, las excelencias de la religión de Zoroastro, de la cual se gloriaba de ser adepto. En la misma corte se perdonó á un gobernador rebelde y levantisco porque se presentó arrepentido de su conducta, cosa nunca vista en ninguna corte mahometana; y se le perdonó de todas veras, no con idea traidora de amansarle y meterle en una seguridad engañadora para deshacerse de él á la primera ocasión. Entre los miembros de esta familia reinaba un cariño que en vano se habría buscado ni en la de los omíidas, ni mucho menos en la de los abasidas, á pesar de no faltar motivo para rivalidades, intrigas y odios con motivo de la vaguedad é inseguridad de la sucesión y de la influencia excesiva que los grandes tenían en esta última. Solo se conoce un caso en que un samanida, Nuh II, hizo cegar á dos hermanos rebeldes. Esta política interior era facilitada á la verdad por un espíritu análogo de moderación que reinaba en las familias mas cercanas al trono, y todo junto permitió una política extranjera eminentemente pacífica. Espíritu guerrero verdadero mostraron solamente dos soberanos de esta dinastía, el primero y el último, Ismael Ibn Ahmed é Ismael, llamado el Muntasir, el último de su raza, que gastó sus fuerzas en tentativas infructuosas para restablecer el imperio de sus antepasados. Los demás gobernantes de esta familia vigilaban con cuidado desde Bokhara, donde tenían su corte desde el reinado de Ismael, la conducta de sus lugartenientes, gobernadores y feudatarios, y obraban pronto y enérgicamente al menor conato de rebeldía y sublevación, pero encargaban generalmente la represión á sus generales. Ninguno, excepto Ismael, intentó jamás conquistas ni menos incursiones con objeto de hacer botín al Norte de sus fronteras, en los territorios del khan de los turcomanos. Con éstos solo tuvieron que medir las armas para rechazar y castigar los atropellos poco frecuentes que cometían; pero dejaron en manos de sus propios habitantes á Cabul y las comarcas limítrofes, excepto el valle de Gazna, por ser fácilmente accesible desde el Sedyestan y el país de Ghor.

En el Oeste, donde el Gorgan y el Tabaristan facilitan la comunicación entre el Corasan, que pertenecía á los samanidas, y la Media, fué imposible mantener una política pacífica, y solo para proteger contra los ataques enemigos el Corasan se vieron forzados los príncipes citados á intervenir en las provincias persas occidentales, á las cuales de otro modo habrían preferido abandonar seguramente á su propia suerte. No podían pensar en anexiones por aquel lado, porque ni era esta la política de los emires de Bokhara, ni estaba su imperio organizado para emprender y llevar á cabo semejantes conquistas. Por otro lado, los califas carecían de fuerza para tener sujetas las provincias de Kirman, Fars y la Media, que por lo mismo eran teatro constante de luchas entre ambiciosos; pero esto nada habría importado á los sa-

(1) Cabul recuperó su independencia á la muerte de Safar.

(2) Malcolm: *History of Persia*, Londres, 1815, II, pág. 381.

(3) Véase Mirchond: *Histoire des Samanides*, par DeFrémery, Paris, 1845, pág. 63 del texto y 174 de la traducción.

manidas si los habitantes montaraces del Gorgan y Tabaristan, á quienes los califas en el apogeo de su poder jamás habían conseguido someter completamente, no hubiesen organizado continuas expediciones de rapiña á las comarcas prósperas de la Media por un lado y al Corasan por otro. El pretexto aparente de estas hostilidades de las bandas deilemitas, tabaristanas y otras tribus de aquellas regiones escabrosas situadas entre el Corasan y las provincias dependientes directamente del gobierno de Bagdad, era el odio religioso y político de los partidarios de Alí, entre los cuales se contaban los habitantes del Gorgan y del Tabaristan, contra los califas abasidas. El representante principal de los descendientes de Alí, Mohammed Ibn Seid, había perecido en las últimas guerras, pero habían quedado muchísimos otros vástagos de la misma familia. Ismael, el samanida ocupó el Gorgan y el Tabaristan para asegurar la tranquilidad del Corasan, y al propio tiempo tomó por orden del califa Múktafi el país de Rei, cuyo gobierno entregó á su sobrino El-Mansur Ibn Isyak.

Hasta la muerte de Ismael y al principio del reinado de su hijo Ahmed II, es decir, desde 295 hasta 301 (907-913), todo continuó bien, por lo menos en apariencia; pero ocultamente otro descendiente de Alí, Hasan Ibn Alí, llamado El-Utrusch, ó sea «el Mudo», estaba excitando á los deilemitas, y en el año 301 (913-914) logró sublevar el Tabaristan, cuyos habitantes estaban descontentos del gobernador samanida, y apoderarse á traición de todo el país. Desde allí atacó luego el Gorgan y el Corasan, y en 315 (927) á Rei, que desde entonces quedó con las provincias ribereñas del mar Caspio fuera del dominio directo de los samanidas. Estos tuvieron el buen tacto de no malgastar sus fuerzas en aquellos países distantes, poco transitables y habitados por pueblos rudos é indómitos, y se dedicaron solo á resguardar de sus ataques el Corasan. En medio de estas luchas los gobernadores de Nischapur, tanto súbditos, lo que era mas general, como miembros de la dinastía reinante, solían aprovechar la confusión para hacerse independientes de los soberanos de Bokhara. En el reinado de Nasr II, hijo de Amed II (301-331 = 914-943), estos conatos fueron poco peligrosos para la dinastía, á pesar de que Nasr II había subido al trono siendo niño. En 313, cuando este príncipe apenas contaba 20 años, marchó á la cabeza de un ejército contra Rei, y de regreso de esta expedición sofocó sin gran trabajo una sublevación que á sus espaldas habían organizado contra él sus propios hermanos. Lástima fué que Nasr II, que tan brillantes pruebas de energía y talento dió, cuya generosidad y afabilidad le granjearon la admiración de sus súbditos, y á cuya protección la poesía persa debió su primer vuelo elevado, muriera á la edad de 38 años. El reinado de su hijo Nuh II, que duró desde 331 hasta 343 (943-954), fué bastante agitado, ya por el espíritu rebelde y la ambición de sus parientes mas inmediatos y de los demás magnates, ya por la insubordinación de las tropas; pero sin descuidar las artes ni las letras, á las cuales protegió como sus antepasados con brillante éxito, supo hacer frente con grande inteligencia y habilidad política á todos los enemigos del interior y del exterior. Así su hijo Abdelmelik I pudo reinan con tranquilidad desde 343 (954) hasta que una caída del caballo, en una justa, puso prematuro fin á su vida en el año 355 (961). Sucesióle su hermano El-Mansur I, el cual tuvo la desgracia de que se hiciese su proclamación contra el consejo del influyente emir turco Alptegin, á la sazón gobernador del Corasan, y cuando éste, poco tiempo despues, fué llamado á la corte, temió por su vida; y aunque la mayor parte de sus subordinados no quisieron seguirle á la insurrección, se encontró en el camino de Balh con un par de miles de hom-

bres, ó segun otros 700, con los cuales atravesó forzando los desfiladeros de Cabul á Gazna, donde se fortificó y rechazó un ejército enviado contra él por El-Mansur. Su hueste se fué engrosando con gente de las comarcas montuosas vecinas, y despues de su muerte ocuparon su puesto, uno tras otro, algunos compañeros suyos, hasta que tomó el mando en 366 (977) Sebuctegin, turco tambien y gran capitán. Este empezó á ensanchar su dominio con la incorporación sucesiva de las comarcas fronterizas del Sedjestan y del territorio de los afganes, nombre que, equivalente á puschtu, aparece ahora por primera vez, y sus bandas extendieron sus correrías hasta la India. Mansur murió en el año 365 (976), segun Otbi, pero segun otros, en particular el bien informado y verídico Ibn El-Atir, en 366 (977). Su hijo y sucesor Nuh III, que reinó desde 366 hasta 387 (977-997), llamó á su auxilio en 384 (994) para la represión de peligrosas facciones interiores á Sebuctegin, el cual acudió y continuó en calidad de mayordomo y regente al lado de Nuh III, y despues al de sus hijos Mansur II, que reinó desde 387 hasta 389 (997-999), y Abdelmelik II, el último soberano de la dinastía de Saman, que reinó en el año 389 (999). Antes de narrar este último período de los samanidas, hemos de echar una mirada á los sucesos y cambios ocurridos en el Oeste.

En la primera parte de esta obra hemos hecho notar que no eran móviles religiosos la causa de la veneración que los pueblos persas, en especial los de la region caspia y entre éstos los habitantes de Deilem, tributaban á Alí y á los miembros y descendientes de su familia; porque las tribus indómitas y rudas que poblaban los países ribereños del mar Caspio, levantaban sus armas contra los mismos descendientes de Alí cuando éstos, despues de victorias alcanzadas, pretendían reinar seriamente sobre los que se jactaban de ser partidarios y adeptos suyos, pero que ni al mismo Alí en persona, si hubiese resucitado, se habrían sometido. Eran gente de la especie de Safar que seguían á sus jefes solo mientras éstos les conducían á la victoria, les pagaban y les daban ocasion de hacer botín, pero que en caso contrario servían sin escrúpulo en las huestes de los adversarios de sus imanes. Muchos de estos montañeses indómitos ni siquiera eran mahometanos, sino masdakitas ó tambien adeptos de Zoroastro. Construir con semejantes elementos un imperio ó califato bajo el cetro de un descendiente de Alí, era cosa poco menos que imposible. En efecto, á pesar de las victorias de Asan Ibn Alí El-Utrusch, al poco tiempo de haber muerto éste en 304 (917), los que habían ganado sus batallas se mostraron descontentos de sus descendientes, y la consecuencia fué un estado de guerra permanente entre varios bandos acaudillados por descendientes de Alí, las tropas de los gobernadores nombrados por los príncipes samanidas de Bokhara y los jefes de bandas de indígenas. Por último, un jefe de estos últimos, llamado Merdavidsch Ibn Siyar ó Siyard, segun un autor antiguo, natural de Gilam, que formaba parte del Deilem, quedó vencedor, y á sus descendientes suelen designar los historiadores con el nombre genérico de siyaditas. Este hombre había subyugado en el año 320 (932) el Deilem, el Tabaristan, la mayor parte del Gorgan y toda la Media hasta Hamadan, Holvan é Ispahan, y sus bandas hicieron incursiones de rapiña hasta en el Chusistan. Como puede suponerse, este nuevo imperio no fué de gran duracion. Entre los jefes de banda y de grupos de bandas figuraron tres hermanos llamados Alí, Hasan y Ahmed, hijos de Abu Schadschá Buweih, del pueblo de Deilem, y que por los historiadores son designados con sus descendientes con el nombre genérico de «buweihidas.» El mando en jefe de las partidas de los tres hermanos estaba á cargo de Alí, el mayor de ellos, el mismo que se había apoderado de Ispahan, defendida por

el gobernador nombrado por el califa Kahir. Esta conquista aumentó los recelos que esta familia había inspirado ya á Merdavidsch, el cual, á fin de cortar sus vuelos, prefirió devolver á Ispahan al impotente califa en vez de dejar tan importante plaza y comarca en poder de aquella gente ambiciosa y temible. Esta prevision dió el resultado opuesto; los buweihidas desde aquel instante fueron enemigos declarados del que antes había sido su jefe y señor. Por lo pronto se retiraron de Ispahan y se dirigieron al Sur, donde ocuparon á Arradschan, en el Farsistan, en el año 320 (932), y desde allí hicieron nuevas conquistas. La fortuna protegió á los tres hermanos, que en repetidas acciones derrotaron al gobernador del califa y ocuparon á Chiraz y toda la provincia. A la muerte de Merdavidsch en 323 (935) sucedióle su hermano Waschmegir, al cual los tres hermanos quitaron la Media desde Ispahan hasta Rei y Caswin, y hasta su muerte, ocurrida en 356 (967), continuaron entre él y aquellos las luchas por las ciudades de la Media. Hasan tuvo la misión de dirigir esta campaña, mientras Alí permaneció gobernando el imperio desde Fars, y Ahmed, el tercer hermano, ocupó en 324 (936) á Kirman, desde donde dirigió sus armas contra el Chusistan. Esta provincia se hallaba gobernada entonces en nombre del califa por los hijos de Baridi, y las guerras de éstos con los varios emires el-omará facilitaron á Ahmed, segun expusimos en la primera parte, el medio de avanzar mas y mas en direccion del Oeste hasta poder entrar en Bagdad el 19 de diciembre de 945 (el 11 de Schumada I de 334), y había entrado antes en la ciudad de los califas si no hubiese tenido que auxiliar con harta frecuencia á su hermano Hasan contra Waschmegir. El califa tuvo que concederle entonces el título honorífico de Mo'is Ed-Daula (reforzador del imperio) y á sus hermanos Alí y Hasan los de Imad Ed Daula (apoyo del imperio) y Ruckn Ed-Daula (pilar del imperio) respectivamente. Nombres análogos como títulos honoríficos recibieron despues los descendientes de los hermanos.

De lo dicho resulta que por el año 340 (951-952) la Persia estaba dividida en tres potencias: en el Este dominaban los samanidas, que además poseían la Transoxania, el reino casi independiente de Khiva, Balh, Merv, Herat y Corasan; del Oeste eran dueños los emires buweihidas, que reinaban en Kirman, Fars, Chusistan é Irak; y entre ambos estaba Waschmegir, soberano del Gorgan y Tabaristan, siendo la Media, y en especial Rei, la manzana de la discordia para las tres potencias. Difícil y comprometida era la situación de Waschmegir entre los dos vecinos, los poderosos samanidas y los buweihidas pujantes, dueños de la mitad de la Persia. En el año 331 (943) logró Ruckn Ed Daula apoderarse de Rei, que le quitó temporalmente un general del samanida Nuh II, con el cual se alió Waschmegir en 332 (944) viendo que le sería imposible conservar su independencia entre los dos vecinos poderosos y luchar al propio tiempo contra las facciones en el interior de sus dominios. Para Nuh II fué un valioso auxilio este aliado guerrero, que lo mismo que sus hijos Bisutun y Kabus, que le sucedieron en sus Estados y reinaron respectivamente desde 356 hasta 366 (967 hasta 976-977), y desde 366 hasta 403 (976-977-1012-1013), se mantuvieron fieles á los emires de Bokhara, hasta que como estos fueron desposeidos por un nuevo conquistador.

No nos detendremos en la exposición de las incesantes guerras entre los buweihidas, que acabaron por hacerse dueños de toda la Media inclusa Rei, los gobernadores del Corasan, cada vez mas levantiscos y deseosos de hacerse independientes de sus soberanos en Bokhara, y los jefes de otras facciones, que asolaron aquellos países infortunados. El mismo imperio de los samanidas sucumbió al fin á conse-

cuencia de aquella llaga siempre abierta en su frontera occidental, que paso á paso consumió todas sus fuerzas.

Los buweihidas, que recogieron las ventajas de esta situación enredada, tampoco gozaron por mucho tiempo de su triunfo, porque á medida que se hicieron mas numerosos, dividieron sus dominios en Estados cada vez mas pequeños cuyas guerras intestinas acabaron por causar su ruina, que fué casi tan rápida como había sido su elevación. La falta de una ley fija de sucesión, que es la maldición de todos los pueblos de Oriente, causó tambien la pérdida de la dinastía buweihida, que de otro modo habría podido realizar cosas grandes. Contrasta con este defecto general de todas las dinastías orientales la admirable unión y concordia que conservaron entre sí los tres hermanos, hijos de Abu Schadschá Buweih, hasta la muerte del último sobreviviente, que ocurrió en el año 366 (972). Los buweihidas eran siitas, como los deilemitas, que constituían el núcleo de sus tropas, pero esto no había sido obstáculo para que se reconocieran vasallos del emir, que era el jefe teocrático de la iglesia ortodoxa sunnita. Para las tropas de los buweihidas éstos eran la autoridad suprema y debían ocupar siempre todos los mandos principales. Obedecieron, pues, á los tres hermanos fundadores del imperio hasta la muerte del último sobreviviente; pero despues estallaron entre los hijos, hermanos y primos de los buweihidas las acostumbradas rivalidades, que condujeron á un parcelamiento sucesivo del territorio en dominios cada vez mas pequeños, resultando el estado de cosas que es fácil suponer si se atiende á la índole brutal é indómita de aquella familia y de aquel pueblo, y á que alguno entre tantos pudo tener la ambición de reunir otra vez en un solo gobierno todos aquellos territorios subdivididos. Si los abasidas se desembarazaban de parientes competidores y de otras personas molestas por medio del veneno ó de otra manera alevosa, los buweihidas mataban á los suyos brutalmente, sin misterios ni ocultaciones, cuando no se contentaban, por atención al parentesco, con hacerlos cegar con la punta candente de un punzon de hierro.

Describiremos ahora á grandes rasgos los sucesos que ocurrieron en la familia de los buweihidas. Redondeado ya el imperio buweihida con la anexión del Kirman, Fars, la Media, el Chusistan y el Irak, Alí Imad Ed-Daula, el mayor y el menos ambicioso de los tres hermanos, se contentó con los honores y el respeto debidos al jefe de la familia y con el gobierno del Farsistan, conquistado por él. Hasan Ruckn Ed-Daula fué encargado del gobierno de la Media, y Ahmed Mo'is Ed Daula del Kirman, el Chusistan y el Irak. Alí murió en 338 (949), y entonces ocupó el segundo hermano Hasan Ruckn Ed-Daula el puesto de jefe de la familia, y no habiendo dejado Alí heredero varon recibió el Farsistan el hijo mayor de Ruckn, Adud Ed-Daula (brazo del imperio), que era hombre ambicioso. En 356 (967) murió Mo'is Ed Daula, y su hijo Bahtyar le sucedió con el sobrenombre de Is Ed-Daula. Bajo su débil gobierno ocurrió un gran conflicto entre las tropas deilemitas y las turcas que habían entrado al servicio de los buweihidas, y Bahtyar llamó á su auxilio á su primo Adud Ed-Daula, el cual, en efecto, acudió; pero apenas hubo restablecido el orden puso en prisión á Bahtyar y se apoderó de su territorio en 364 (975). Ruckn Ed-Daula, que tenía el mayor empeño en conservar la unión en la familia, se indignó tanto de este acto brutal de su hijo, que Adud, temeroso de las consecuencias, atendida la veneración que los deilemitas tributaban al jefe de los buweihidas, se reconcilió con su primo y le devolvió su puesto. Ruckn Ed-Daula, viendo próxima su muerte, que ocurrió en 366 (976), llamó á su presencia, en su residencia de Ispahan, á sus tres hijos, Adud Ed-Daula, Mu'ayid Ed-Dau-